

❧ PRELUDIO ❧

Vendaval se muere. Resulta imperceptible para la torpe bestia o el humilde mercader, pero es algo que siento en mi cuerpo y en mi alma.

Puedo decir que en todo este tiempo caminé testigo del nacimiento, el crecimiento y el ocaso de esta tierra sagrada y de las criaturas que han habitado en ella. Así como de las guerras, las historias de traición, de terror y amor. He visto alianzas imposibles para vencer a un mal aún mayor y cómo gigantes capaces de partir una montaña en dos eran vencidos por diminutos seres con un espíritu tan combativo y a la vez puro como la nieve. He visto a pueblos y ciudades enteras luchar por conservar el equilibrio de estas tierras y cómo otros perecían por destruirlo. Y al final, sólo puedo pensar que no existe el bien o el mal, sino los motivos por los que cada uno alza un arma y defiende sus ideales.

Pero ahora, y con mi letra temblorosa por el pánico, escribo estas líneas para alertar a los cuatro reinos y a sus habitantes. La muerte en su estado más puro, la maldición más destructiva, ha aterrizado en nuestro mundo. Escurridiza como una naga, letal como el veneno más mortífero, e implacable como una plaga de langostas, esta enfermedad avanza cual rodillo por el este y masaca regiones sin diferenciar entre animal, planta o guerrero.

Ruego a los dioses y ruego a quien lea esto que corra la voz. Necesitamos prevenir esta oscuridad que se cierne sobre todos nosotros. ¡Y necesitamos hacerlo ya! Soy el único que ha visto el nuevo rostro de la muerte y con el tiempo que me queda jamás llegaría a las capitales para dar la alarma. Si algún alma bondadosa da con este escrito que lo lleve consigo y grite que la Plaga ha llegado, ha llegado a Vendaval y va a matarnos a todos. No habrá mañana para nadie.

Última página del Diario de Viaje de Silander,
sacerdote de los Elementalistas.

❧ EL INCIDENTE ❧

Noche despejada, señor —informó un chico joven, arrodillándose con una espada curva del tamaño de su antebrazo y vestido con una alargada capa que lo cubría hasta los tobillos.

Su superior se giró suspirando sin quitar la vista del horizonte. Un horizonte plagado de montañas nevadas a lo lejos y con un caudaloso río que bajaba serpenteando hasta perderse bajo el acantilado desde el que observaba atento.

—¿Ha terminado el grupo con el reconocimiento? —preguntó con voz firme.

—Sí, señor. Hemos asegurado la zona del encuentro. Todo listo.

—En marcha, entonces. Preparaos para una lluvia de sangre.

Los dos oscuros encapuchados caminaron hacia el bosque bajo la luz de la luna, única testigo de lo que aún quedaba por venir.

Los bosques del Acantilado de Hojaespina formaban el último resquicio de naturaleza antes de la franja este. La línea que separaba el mundo explorado y civilizado de Vendaval del resto de tierras salvajes y jamás pisadas por los habitantes de los cuatro reinos.

La columna de montañas nevadas servía de frontera y de aviso a los viajeros sobre el límite de seguridad que jamás debían cruzar.

Allí, en la esquina más recóndita del mundo, un grupo de la élite de la Hermandad Hojanegra había concertado un encuentro con una raza desconocida que aseguraba poseer información sobre una nueva amenaza que provenía del otro lado de las montañas: criaturas muertas capaces de caminar y cuyo único instinto era alimentarse.

Esas noticias habían puesto muy nerviosos a los altos cargos de la Hermandad, porque su ciudad era la primera parada tras cruzar el acantilado y no querían verse sorprendidos por un ataque que no pudieran repeler.

—Se retrasan —apuntó uno de los soldados sentado a los pies de un árbol de raíces gigantescas mientras afilaba su daga—. No me gustan los retrasos.

—Hay algo peor a que se hayan retrasado —replicó una chica de cabellos negros y dos líneas de combate pintadas en las mejillas.

—¿Y es?

—Que ya estén aquí —contestó el jefe de escuadrón, un hombre de mediana edad con una elegante barba platino y ojos negros.



El grupo llevaba varias semanas tras la pista de ciertos rumores que se habían extendido por la frontera. Fueron los comerciantes y pescadores los primeros que llevaron a la capital habladurías sobre pequeñas aldeas borradas del mapa por una extraña nube verde y criaturas deformes. Aquello llegó a oídos de los dirigentes de la ciudad y enseguida prepararon un comando de exploración con una única misión: establecer contacto con el otro lado más allá del mundo habitado.

Tras varios mensajes sin respuesta, tras días y noches en vela vigilando los bosques desde el acantilado, llegó una siniestra

frase susurrada en el viento tan oscura y pavorosa como el miedo más profundo: «No queda nadie».

Aquellas tres palabras confirmaron las sospechas de los guerreros. Acordaron encontrarse con los desesperados extranjeros que las habían pronunciado esa misma noche.

Ésta transcurría igual que las anteriores: calmada, silenciosa, con una sensación flotante en el ambiente de pérdida de tiempo y poca fe en la misión. Y es que realmente nada parecía indicar que allí hubiera alguien que no fueran los cinco guerreros hasta que el comandante desenfundó un cuchillo de una bandolera escondida en su capa y lo lanzó contra un árbol situado justo frente a él.

—¡Supe que estabais ahí desde antes de que llegais! ¡Lo sabía desde antes de que nacierais!

El grupo al completo se situó en formación defensiva con las espadas y dagas al frente. De repente, de entre el follaje, apareció un puñado de seres humanoides con cabeza de ratón, piel carnosa cubierta de trapos y que portaban bastones de madera con extraños símbolos arcanos.

Sus pies, magullados y embarrados, daban una pista sobre el tortuoso camino que habían recorrido hasta los bosques. Incluso un miembro de la comitiva parecía gravemente herido.

—Vaya, vaya. La reputación de los soldados de Nirand es tan cierta como cuentan los rumores —dijo uno de los visitantes entre risas chillonas.

Tras él aparecieron otros diez, vestidos de forma similar y con los mismos bastones, tan grandes como sus despellejados cuerpos.

—¿Cómo os hacéis llamar? —preguntó el jefe de escuadrón guardando las distancias.

—*Mavens*. Subterráneos del otro lado de las montañas. Y portamos noticias que podrían interesaros. Pero antes, ¿a quién tengo

el gusto de dirigirme? —preguntó la rata con la espalda encogida y la mirada perdida en el rostro del guerrero.

—Ulien Alacero. Comandante del escuadrón. Dime *maven*, ¿qué noticias son esas?

—Antes necesitamos saber qué nos ofrecéis. ¿No pensarás que cruzamos la frontera gratis, verdad, Ulien?

El comandante hizo un ligero gesto con la mano y al instante uno de sus soldados le entregó una bolsa mediana que arrojó al suelo. Ésta se abrió dejando a la vista piedras preciosas que se esparcieron entre la hojarasca.

—Ahí tenéis el pago. Con eso podréis volver y vivir cómodamente hasta que halléis la muerte.

El *maven* se agachó para examinar las gemas. Tomó una entre sus afiladas uñas y la miró con recelo. De repente se la metió en la boca y comenzó a masticarla ante el asombro de los soldados. En diez segundos la escupió totalmente arrugada y repleta de muescas.

—Parece que no nos hemos entendido, vuestro dinero no sirve de nada allá de donde venimos. Las exigencias son muy distintas.

El ambiente se volvió tenso. Los guerreros guardaron sus posiciones vigilando los flancos de su jefe. Un solo movimiento en falso de esos hombres rata y sufrirían una masacre instantánea.

—Me extraña que unos sucios de las profundidades rechacen nuestras riquezas. Dime entonces, ¿qué queréis?

El *maven* se acercó lentamente hasta Ulien, que permanecía impassible sin retirarle la mirada de sus diminutos y brillantes ojos. Los hombres del comandante reaccionaron como un resorte, pero su jefe les indicó que se mantuvieran al margen.

—Buscamos refugio —susurró la rata.

—¿Sabes lo que estás pidiendo? —replicó Ulien con una tranquilidad pasmosa.

—Si queréis la información deberéis abrirnos las puertas de Nirand y acogernos.

Ulien cerró los ojos incrédulo y sonrió con desdén. Sentía una ferviente impotencia por la pérdida de tiempo que aquellas criaturas suponían a su grupo y a la capital. Sin mediar palabra le dio la espalda en un claro gesto de desaprobación y caminó firme hacia el campamento.

—No deberías hacer eso, comandante. Los *mavens* tenemos fama de ser muy traicioneros. No os dejéis engañar por nuestro aspecto. Vestiremos trapos y caminaremos descalzos, pero somos poderosos, humano desaprensivo.

Ulien se detuvo y giró ligeramente la cabeza hasta poder mirar el rostro de la rata de sonrisa socarrona y babeante.

—Sois vosotros los que debéis vigilar la espalda, *maven* desaprensivo.

—¡Goria! —gritó otra rata del grupo advirtiendo a su líder—. ¡Falta uno!

Sin tiempo para confirmar la alerta, un joven soldado hizo aparición de entre las sombras y le tomó los brazos colocándole una hoja de acero en el cuello presionando su arteria.

—Respira más de la cuenta, mueve un sólo pelo o parpadea cuando no debas y tus amigos volverán a su agujero contigo en dos piezas.

La rata, con una mueca de asco y pavor, escudriñó a Ulien entre la carraspera provocada por la presión de la daga.

—No sabía que los humanos pudierais ser más rastreros que nosotros.

—Ahora habla —ordenó el joven guerrero.

—Afloja, afloja un poco, maldita sea.

Ulien aceptó la voluntad de la rata. El *maven* se acarició la garganta ya irritada por el arma y tosió un par de veces entre el ahogo y la exageración.

—¿Qué sabes del otro lado de la frontera?

—Que está habitada por seres como vosotros —contestó Ulien.

—Lo tomaré como un cumplido —replicó el *maven* con una reverencia burlona—. Hace dos días llegaron de la superficie noticias sobre criaturas muertas que arrasaban al anochecer pequeños poblados campesinos. Al principio sólo atacaban al ganado, pero en poco tiempo se volvieron violentos contra los civiles.

—¿Y qué hay de extraño en ello? Vendaval está plagada de bestias desconocidas y peligrosas.

—Esas criaturas son las mismas que hallaron la muerte horas antes.

La revelación del *maven* golpeó como una puñalada el corazón de Ulien y su grupo. Tal fue la impresión, que el joven guerrero que mantenía presa a la rata bajó completamente los brazos liberando a su prisionero.

—¿Me estás diciendo que...?

—Exacto. Muertos que al poco de perder la vida se levantaban para matar y alimentarse. El primer encuentro que tuvimos fue gracias a un puñado de centauros que, como sabrás, tienen la costumbre de enterrar a sus caídos en vez de incinerarlos. Una noche, cavaron demasiado profundo y un cadáver se precipitó hasta nuestra madriguera. No le dimos importancia, tenemos obreros encargados de limpiar la basura, pero aquel centauro se levantó al cabo de dos días. Al principio caminaba de forma torpe y tosca, pero después arrasó con toda una galería.

—¿No pudisteis frenarlo?

—¿Frenarlo? ¡Damos gracias por haber escapado! Somos los únicos supervivientes de una comunidad de más de mil *mavens*. Tras la lucha enviamos mensajes de socorro hasta que respondisteis.

La voz del humanoide se quebró de repente. Su tono no reflejaba emoción, ira o nerviosismo, sino una tristeza tan profunda y auténtica que podía considerarse humana.

—Ulien, si tienes voz y voto en tu capital, bien harías advirtiéndote de esto. Jamás hemos visto algo semejante. Quien haya creado esta plaga amenaza con destruir hasta el sol que nos ilumina. Si forma parte de un castigo de los dioses, deberíamos todos ofrecer nuestras plegarias.

—Gracias por vuestra ayuda, *mavens*. Ahora, descansad—. Ulien tomó asiento en una roca mientras su grupo de soldados desfundaba las armas dispuestos a asesinarlos.

—¿Qué es esto? ¡Perro traidor!

—Órdenes. Nirand es lo primero.

—¡Goria! —chilló uno de los *mavens*—. ¡Algo le pasa a Spack!

Todo el grupo, tanto las ratas como los soldados miraron sorprendidos los espasmos del llamado Spack. De su herida manaba sangre a borbotones y emitía gritos tan agudos que rasgaban los oídos de los guerreros. La rata mordió a uno de sus compañeros y el caos se desató en el claro del bosque. Aprovechando la confusión, los *mavens* invocaron trampas de madera con la ayuda de sus bastones. Flechas dentadas surgieron de la nada clavándose en el pecho de dos de los guerreros. Ulien se lanzó al combate respaldado por los demás y asestaron un duro golpe a la primera línea de *mavens*, cortando en dos sus bastones y atravesándoles el pecho con sus espadas.

—¡Matad al maldito! —ordenó Ulien—. ¡Matadlo antes de que nos infecte a todos!

Goria, el líder de los *mavens*, yacía moribundo en el suelo y con la vista borrosa observó cómo, implacable, la joven guerrera de cabello oscuro clavaba su daga en el corazón de la rata.

Cerró los ojos, derrotado, y susurrando las últimas palabras que el bosque de los acantilados escucharía antes de la gran ex-

pansión de la epidemia, maldijo la estupidez humana mientras su compañero enfermo explotaba violentamente y se volatizaba en el aire tras el punzante ataque de la soldado, liberando una nube de gas verde que se filtró en los pulmones de todos los presentes.

«Estamos condenados»

No hubo salvación para nadie. Aquella noche fue el punto de partida de la terrible enfermedad que asolaría el mundo de Vendaval. Aquella fue la noche del nacimiento de la Plaga.